

R. 28109

41

CARTA PASTORAL

QUE

el Excmo. é Ilmo. Sr.

DOCTOR D. BIENVENIDO MONZON Y MARTIN
ARZOBISPO DE GRANADA,

DIRIGE

A SU CLERO Y PUEBLO

PUBLICANDO

UNA CARTA DE SU SANTIDAD
Y ANUNCIANDO

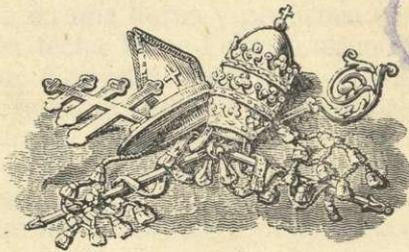
SU VIAJE A ROMA PARA ASISTIR A LA FIESTA CENTENAR

DE

S. PEDRO,

Y A LA SOLEMNE CANONIZACION DE VARIOS SANTOS

EN EL 29 DE JUNIO DE 1867.



GRANADA.

Imprenta de Don Gerónimo Alonso,
librero de SS. MM. y AA.

R. Bueno. = 2 DICI. 92 5

Universita	
C	
19	
42	(41)



BOLETIN OFICIAL ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE GRANADA.

PARTE OFICIAL.

NOS EL DOCTOR D. BIENVENIDO MONZON Y MARTIN,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
ARZOBISPO DE GRANADA, SENADOR DEL REINO, CABALLERO
GRAN CRUZ DE LA INSIGNE Y REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL
LA CATÓLICA, PREDICADOR DE S. M. Y DE SU CONSEJO ETC. ETC.

*Al venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia
Metropolitana, á nuestro respetable Clero y á todo el pue-
blo fiel de la Ciudad y Arzobispado de Granada, salud,
gracia y bendicion en N. S. J. C.*

Con grande satisfaccion y regocijo Nos dirigimos hoy á vosotros, A. H. N., para anunciaros, que Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, que felizmente rige y gobierna la universal Iglesia, en una tierna y gratisima carta que se dignó escribirnos con fecha 11 de Febrero último, y que en estos dias ha llegado á nuestras manos por el digno conducto de su respetable Nuncio Apostólico en estos Reinos, Nos manifiesta con las frases mas cariñosas y expresivas el grandísimo consuelo que experimentó su corazon paternal, aun en medio de las penas y amarguras que de continuo lo acibararan, al recibir la que Nos atrevimos á enviarle con fecha 31 de Diciembre del año anterior con algunos ejemplares de la Pastoral que os dirigimos en 26 de Noviembre de dicho año sobre las cosas de Roma.

En dicha carta manifestábamos con humilde ingenuidad á Nuestro Santísimo Padre que, no solo Nos como Prelado, sino tambien nuestro Cabildo Metropolitano, nuestro Clero colegial, parroquial y benefical y todos nuestros Sacerdotes, así como nuestras amadas hijas las Religiosas y todo el pue-



blo fiel de nuestro Arzobispado, poseidos de los mas vivos sentimientos de piedad, de amor, de veneracion y de respeto hácia su sagrada Persona y hácia la suprema Cátedra de Pedro, os habíais condolido sobremanera y llenado de pena y amargura, al leer en su Alocucion Consistorial de 29 de Octubre último sobre las cosas de Italia, el estado triste y lamentable en que se hallaba el Vicario de Jesucristo en la tierra y el principado civil de la Santa Sede, necesario en las actuales circunstancias para el libre ejercicio de la potestad espiritual y para la verdadera independencia del Sumo Pontificado. Decíamos tambien en dicha carta á nuestro amantísimo Padre, A. H. N., que todos vosotros, secundando gustosa y religiosamente sus insinuaciones y deseos y los ruegos y exhortaciones que os dirigimos en nuestra citada Pastoral de 26 de Noviembre, para que acudiéseis á las gravísimas necesidades de nuestro anciano y cariñoso Padre con *oraciones* y *socorros*, dirigíais con Nos fervientes y continuas oraciones al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, para que lo diese abundante y colmado á su Vicario en la tierra, y le sacase triunfante y victorioso de todos sus enemigos. Y por fin le añadíamos, que á pesar de lo apurado y angustioso de los tiempos, y de la escasez y aun pobreza en que se encuentra la mayor parte de vosotros, habíais acudido generosamente á remediar la suya, de todos tristemente conocida, por medio de una colecta extraordinaria que os anunciamos en dicha Pastoral, y que excedió las esperanzas de muchos, aunque no las nuestras, pues conocíamos vuestra generosa piedad, y confiábamos que no se habia de desmentir cuando se trataba de socorrer á nuestro amantísimo Padre Pio IX.

Todo esto que os acabamos de referir sumariamente, y otras cosas mas que le decíamos en nuestra citada carta de 31 de Diciembre, sirvieron de grandísima satisfaccion y llenaron de inefable consuelo; como antes os decíamos, á nuestro anciano y atribulado Pontífice; y tiernamente reconocido á estas sinceras y espontáneas manifestaciones de amor y de respeto del Prelado, Clero y pueblo del Arzobispado de Granada, Nos descubre amoroso los bellos y nobles sentimientos de su corazon agradecido, y Nos ruega y encarga, que en su nombre y en el de la Santa Sede os demos á todos, A. H. N., las mas tiernas y expresivas gracias, no solo por vuestras oraciones y plegarias, sino tambien por vuestras limosnas y socorros. Y al cumplir con este grato deber en nombre y por encargo de Nuestro Santísimo Padre, Nos tambien por nuestra parte os repetimos á todos, A. H. N., las gracias que ya os hemos

dado en otras ocasiones, por la fiel exactitud con que habeis cumplido nuestros encargos y por la noble y generosa piedad con que habeis respondido á nuestros llamamientos; y esperamos confiadamente, y así os lo volvemos á rogar é inculcar de nuevo, que seguireis como hasta aquí, y con mayor fervor si cabe, orando y socorriendo cuanto os sea posible á nuestro inmortal Pontífice en las cuatro épocas del año señaladas en nuestra circular inserta en el Boletín eclesiástico correspondiente al Domingo 10 de Febrero último, y recordada en el de 31 de Marzo, y que perseverareis firmes é invariables en ayudarle con vuestras *oraciones y socorros*, hasta que Nuestro Divino Salvador Cristo Jesus impere, como en otro tiempo, al mar, á los vientos y á las tempestades que combaten y agitan sin cesar á la navecilla de S. Pedro, y vengan la serenidad, la calma y la bonanza que todos esperamos....

Y para que mejor podais penetraros de los sentimientos y deseos de nuestro Santísimo Padre, insertamos literal á continuación su preciosísima Carta, y antes la de su respetable Nuncio Apostólico que Nos ha dirigido con fecha 10 del actual, porque tambien ella interesa y honra mucho al Clero y pueblo de nuestro Arzobispado de Granada; la cual dice así:

EXCMO. É ILMO. SEÑOR.

«Cumpliendo con el encargo que se sirvió hacerme V. E. I., tuve el honor de transmitir al Santo Padre un ejemplar de la Pastoral en que hacia presente á los fieles de esa Diócesis de su digno cargo la angustiada situación de la Santa Sede, por efecto del despojo que ha sufrido, y les exhortaba á dirigir fervientes plegarias al cielo por el triunfo de la Santa Iglesia, y á contribuir con sus donativos al alivio de las apremiantes necesidades del Sumo Pontífice. Posteriormente hice llegar tambien á las sagradas manos del mismo la cantidad de *sesenta mil quinientos rs. vn.*, que me remitió S. E. I. como producto de la colecta extraordinaria hecha en la Diócesis en consecuencia de aquella Pastoral, y una carta con que en nombre de su Clero y pueblo las ofrecia V. E. I. á Su Santidad.

«Inútil es que me extienda yo en manifestar á V. E. I. cuán grato ha sido al Santo Padre el celo que en aquella Pastoral ha mostrado en favor de la causa de la Santa Sede, y el abun-

dante fruto de caridad que ha producido su palabra y su ejemplo; puesto que tengo la satisfaccion de trasmitirle una carta del mismo Santo Padre, que por circunstancias imprevistas ha tardado en llegar á mis manos, y que será ciertamente la expresion de sus sentimientos, y el medio de hacer conocer á V. E. I. y á los buenos católicos de esa Diócesis la Apostólica Bendicion que les envía, invocando sobre el Pastor y sobre las ovejas la abundancia de las divinas misericordias.

«Al felicitar á V. E. I. por la bondadosa dignacion del Santo Padre, no puedo menos de darle gracias tambien por mi parte, y de elogiar como se merece su ardiente celo y la fervorosa caridad y firme adhesion de su Clero y pueblo hácia el Supremo Gerarca, expresada con aquellos donativos, y con las ardorosas plegarias que han dirigido al Padre de las misericordias por la intercesion de la Inmaculada Virgen María, para que haga cesar cuanto antes las terribles persecuciones que afligen á la Santa Iglesia y á su Cabeza, dándole un glorioso triunfo y una paz perpetua para bien de todos los pueblos. No dudo que excitados esos fieles con la palabra apostólica y con el ejemplo de V. E. I., continuarán demostrando los mismos sentimientos, y dando nuevas pruebas de su caridad en las colectas que se hagan en las épocas acordadas por V. E. I., y pido á Dios nuestro Señor les envíe como recompensa el ciento por uno, colmándolos de todo bien espiritual y temporal.

«Deseándole de Dios toda prosperidad, tengo el honor de reiterar á V. E. I. las seguridades de mi mas distinguida consideracion.—Madrid 10 de Mayo de 1867.—Lorenzo, Arzobispo de Tiana.—Excmo. é Ilmo. Sr. D. Bienvenido Monzon, Arzobispo de Granada.»

Escuchad ahora, A. H. N., la preciosa carta de Nuestro Santísimo Padre Pio IX y recibid y medita sus palabras con la humildad, veneracion y respeto que se merecen, y con que Nos las hemos recibido y meditado:

VENERABILI FRATRI

A NUESTRO VENERABLE HERMANO

BENVENUTO,

BIENVENIDO,

ARCHIEPISCOPO GRANATENSI.

ARZOBISPO DE GRANADA.

PIUS PAPA IX.

PIO PAPA IX.

Venerabilis Frater, Salutem et Apostolicam Benedictionem. y Venerable Hermano, salud y Bendicion Apostólica. Poco

Nuper ad Nos pervenerunt observantissimae Tuae Litterae die 31 Mensis Decembris anno superiori datae, ex quibus non mediocre solatium percepimus inter gravissimas nostras molestias, et acerbitates. Namque ex eisdem Litteris novimus, Venerabilis Frater, quibus sensibus fueris affectus, vix dum duas Consistoriales legisti Allocutiones á Nobis die 29 mensis Octobris anno proximè elapso habitas, quantoque mœrore fueris afflictus magis magisque agnoscens diram persecutionem, qua Dei, hominumque hostes catholicam Ecclesiam, hanc Apostolicam Sedem, ac Nos asperrimis hisce temporibus in infelici quoque Italia divexare non desinunt. Atque etiam intelleximus qua pastoralis sollicitudine Litteras ad istius Tuae Dioecesis fideles die 26 mensis Novembris eodem superiori anno dare curasti, quibus Nostram de Italia Allocutionem vulgari istic lingua inseruisti, ut iidem fideles majorem in modum noscerent nefarias ac multiplices molitiones, quibus omnis veritatis et justitiae osores civilem nostrum et Sanctae hujus Sedis principatum destruere volunt, ac divinam nostram

há que llegaron á Nuestras manos tus respetuosas Letras de 31 de Diciembre del año anterior, las que ciertamente Nos han servido de no pequeño consuelo en medio de nuestros gravísimos trabajos y amarguras. Pues por las mismas Letras hemos conocido, Venerable Hermano, de qué sentimientos te hallaste poseído, apenas leíste las dos Allocuciones consistoriales pronunciadas por Nos en el día 29 de Octubre del año próximo pasado, y de cuán grande tristeza te llenaste, al conocer por ellas mas y mas la cruel persecucion con que los enemigos de Dios y de los hombres no cesan de combatir en estos tiempos calamitosos á la Iglesia Católica, á esta Silla Apostólica y á Nos hasta en la misma infeliz Italia.

Y tambien hemos entendido con qué pastoral sollicitud procuraste publicar y dirigir cartas á los fieles de esa Tu Diócesis en 21 de Noviembre del mismo año pasado, en las que insertaste en lengua vulgar Nuestra Allocucion sobre las cosas de Italia, para que los mismos fieles conociesen mejor los impíos y multiplicados conatos, con que los enemigos de toda verdad y justicia quieren destruir el principado civil Nuestro y de la Santa Sede y con que se esfuerzan en echar por tierra, si alguna vez fuera posible, nuestra divina Religion. Por lo cual exhor-

religionem , si fieri unquam posset, funditus evertere connituntur. Quocirca eosdem fideles vehementer es hortatus, ut impias inimicorum hominum insidias, fraudes, erroresque detestentur, et horreant. Non potuimus non magnopere delectari, Venerabilis Frater, hac egregia Tua episcopali cura, et eximio Tuo erga catholicam Ecclesiam, erga hanc Apostolicam Sedem ac Nos amore, studioque summis laudibus digno. Ac per Te ipse vel facilè cogitatione assequi potes, quo gaudio affecti fuerimus, quandoquidem eisdem Tuis Litteris significas, istum Tuæ Dioecesis Clerum populumque fidelem singulari pietate, et observantia Nos et hanc Petri Cathedram prosequi, omnesque, Nostris desideriis Tuisque exhortationibus libenter, ac religiosè obsecundantes, fervidis unà Tecum precibus Deum indesinenter exorare, ut Ecclesiam suam sanctam à tantis, quibus afflictaur calamitatibus eripiat, ac novis, et splendidioribus triumphis exornet, et augeat, utque omnes Ecclesiae, et hujus Apostolicae Sedis inimicos humiliet, eosque de perdicionis via ad rectum justitiae salutisque tra-

taste fuertemente á los mismos fieles á que detesten y cobren horror á los errores, fraudes y malignas asechanzas de los hombres enemigos.

No pudimos menos de complacernos sobremanera, Venerable Hermano, de esta tu insigne solicitud episcopal y de tu singular amor y adhesion, digna de toda alabanza, hácia la Iglesia católica, hácia esta Silla Apostólica y hácia Nuestra misma persona. Y por Tí mismo puedes conocer fácilmente el gozo que experimentamos, puesto que significas en Tus mismas Letras, que ese Clero y pueblo fiel de Tu Diócesis profesan singular piedad y respeto á Nos y á esta Cátedra de Pedro, y que todos, secundando gustosa y religiosamente Nuestros deseos y Tus exhortaciones, ruegan sin cesar á Dios, juntamente contigo, con fervientes oraciones, para que libre á su Santa Iglesia de tantas calamidades que la afligen, y la hermosee y acreciente con nuevos y mas espléndidos triunfos, para que humille á todos los enemigos de la Iglesia y de esta Silla Apostólica, y los reduzca del camino de la perdicion al recto sendero de la justicia y de la salud, y para que ayude, fortalezca, defienda y consuele con su virtud omnipotente Nuestra flaqueza probada con tantos trabajos y necesidades.

Por último, Te descubrimos los sentimientos de Nuestro

mitem reducat, et infirmitatem Nostram tot molestiis, et angustiis affectam, omnipotenti sua virtute adjuvet, roboret, defendat, et consoletur. Jam vero gratissimi Nostri animi sensus Tibi profitemur, et exoptamus, ut Nostro Nomine debitis istis fidelibus grates agas pro pecuniae summa, qua Te duce, Nostrae, et Apostolicae Sedis inopiae opitulari voluerunt. Tibi autem persuadeas velimus, praecipuam esse Nostram in Te benevolentiam. Cujus certissimum pignus accipe Apostolicam Benedictionem, quam intimo cordis affectu Tibi ipsi, Venerabilis Frater, et gregi Tuae vigilantiae concredito peramanter impertimus. —Datum Romae apud S. Petrum die 11 Februarii anno 1867.—Pontificatus nostri anno vicesimo primo.

PIUS PP. IX.

Despues de haberos dado á conocer las dos importantísimas cartas que acabais de oír, y muy especialmente la de Su Santidad, y despues de haber cumplido por nuestra parte el gratísimo deber que en ella Nos impone, queremos daros conocimiento, A. H. N., porque ha llegado ya el caso oportuno de hacerlo, de las importantísimas Letras Apostólicas que, como á todos los Prelados del orbe católico, Nos fueron dirigidas en su dia por el Emmo. Sr. Cardenal Caterini, Prefecto de la Sagrada Congregacion del Concilio, invitándonos en nombre y por mandato de Su Santidad á concurrir á su amada ciudad de Roma, para tomar parte en una de las fiestas mas célebres del Catolicismo, en uno de los actos mas solem-

ánimo agradecidísimo, y deseamos que en Nuestro nombre des á esos fieles las debidas gracias por la suma de dinero con la que, á ejemplo Tu yo, quisieron socorrer Nuestra pobreza y la de esta Santa Sede. Y queremos que Te persuadas, de que es especial Nuestra benevolencia para contigo; y como prenda segurísima de ella, recibe la Bendicion Apostólica, que con el afecto mas íntimo de nuestro corazon, damos amorosísimamente á Ti, Venerable Hermano, y á la Grey confiada á tu cuidado y vigilancia.

Dada en San Pedro de Roma en el dia 11 de Febrero, año 1867.—De nuestro Pontificado, año vigésimo primero.—Hay una firma autógrafa.

PIO PP. NONO.



nes y augustos de nuestra Sacrosanta Religion , y en uno de esos sublimes y tiernos espectáculos que solo puede presentar la Iglesia Católica, Apostólica Romana, única verdadera, y que no han presentado ni presentarán jamás las sectas disidentes. Esa solemnísimas fiesta á que somos invitados, es la del décimo-octavo centenario del glorioso Martirio de los Bienaventurados Apóstoles S. Pedro y S. Pablo; ese acto augusto y venerando de nuestra divina Religion á que se Nos llama, es la solemne canonizacion de veintiun Mártires, dos Confesores y dos Vírgenes, que, mediante la divina gracia, ha de tener lugar en la Ciudad eterna en el dia 29 del próximo mes de Junio, en que se celebra la fiesta centenario de dicho glorioso Martirio; y ese tierno y sublime espectáculo que se Nos ofrece será el de ver reunidos en las anchurosas naves del Vaticano y bajo la gran cúpula que se eleva majestuosa sobre el sepulcro venerando del Apóstol S. Pedro á centenares de Obispos, y á millares de millares de Sacerdotes, religiosos y fieles de toda edad y sexo, de toda condicion y estado congregados de todas las naciones, tribus y lenguas de la tierra, amorosamente agrupados alrededor de la Cátedra de Pedro y de la sagrada é interesantísima Persona de su legítimo sucesor y Vicario de Cristo Pio IX, animados todos por una misma fé y un mismo espíritu, y presentando la tierna realidad de un inmenso rebaño bajo el dulce cayado de un solo Pastor, y un verdadero diseño de la union dichosa y eterna de todos los bienaventurados en la Jerusalem celestial bajo la divina y universal Cabeza de Angeles y hombres Cristo Jesus... Escuchad ahora, A. H. N., como se Nos anuncian tan faustos y grandiosos acontecimientos en las Letras Apostólicas que os acabamos de citar.

«Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, se ha servido determinar que, si la diestra del Omnipotente aleja y disipa, como es de esperar, la tormenta que nos amenaza, se celebren dos Consistorios semi-públicos en el mes de Junio de este año 1867; despues de los cuales el mismo Santo Padre, con la ayuda de Dios y de su Madre Santísima, en el dia 29 del propio mes en que anualmente se celebra la fiesta de los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, y en que ocurre este año la circunstancia singular de ser aniversario centenario del dia en que fué regada la ciudad de Roma con la preciosa sangre de dichos Santos Príncipes, inscribirá con decreto solemne en el catálogo de los Santos á los Bienaventurados Mártires, Confesores y Vírgenes siguientes:

«1. Al Beato Josaphat, Arzobispo de Polosesk de los ruthenos en la Rusia blanca, *Mártir*.

«2.º Al Beato Pedro de Arbués, de la orden de canónigos reglares de San Agustín, Inquisidor de España y Canónigo de la Iglesia Metropolitana de Zaragoza, *Mártir*.

«3.º A los diez y nueve Beatos *Mártires* de Gorkum, pertenecientes á varias órdenes regulares y al clero secular.

«4.º Al Beato Pablo de la Cruz, *Confesor*, fundador de la congregacion de clérigos descalzos de la Santa Cruz y Pasion de N. S. J. C.

«5.º Al Beato Leonardo de Puerto Mauricio, *Confesor*, Misionero Apostólico de la orden de menores de San Francisco de la estrecha observancia.

«6.º A la Beata María Francisca de las cinco llagas, *Virgen*, profesora de la orden tercera de San Pedro de Alcántara en el reino de Nápoles.

«7.º A la Beata Germana Cousin, *Virgen*, doncella seglar en la diócesis de Tolosa.»

Añádenos en seguida el Cardenal Prefecto que «harán una cosa muy del agrado de Su Santidad aquellos Obispos, que sin grave detrimento de las ovejas encomendadas á su cuidado, y libres de cualquiera otro impedimento especial vayan para entonces á la ciudad de Roma, con objeto de asistir á los mencionados públicos Consistorios y de tomar parte en tan grande solemnidad; y que será sumamente satisfactorio á nuestro Santísimo Padre verse rodeado de sus Hermanos los Obispos y dirigir en union con ellos sus oraciones á estos santos moradores del cielo, con el fin de moverlos á que en medio de tantos peligros y trastornos del orden civil y religioso nos alcancen de Dios la victoria sobre el enemigo maligno y una tranquilidad perenne para su Iglesia militante.»

Por lo que á Nos toca, os anunciamos desde luego, A. H. N., que estamos dispuestos á corresponder á este tierno y honroso llamamiento que se Nos hace en nombre de Su Santidad, y que, si Dios corrobora nuestra salud y Nos asiste con su gracia, pensamos salir para Roma á fines del presente mes. Lo primero por complacer á Nuestro Santísimo Padre que desea ardientemente, como habeis oido, verse rodeado en la enunciada solemnidad, si fuera posible, de todos los Obispos del orbe católico. Lo segundo, para cumplir personalmente por primera vez en el tiempo de nuestro episcopado la obligacion de hacer la Visita *ad Sacra Limina*, prescrita por la Santidad de Sixto V, de feliz memoria, en su Bula *Romanus Pontifex*; pues á este fin Nos ha hecho saber el Santo Padre que todos los Obispos que acudan á Roma á la mencionada solemnidad sean considerados como si hubiesen emprendido

el viaje para cumplir con dicha sagrada Visita. Lo tercero, porque deseamos vivamente ir por primera vez á la Ciudad afortunada escogida por Nuestro adorable y divino Salvador para constituir en ella el sacro Principado de su Religion y el centro unitivo y directivo de su universal Iglesia; porque deseamos sobre manera visitar y venerar los sepulcros del Príncipe de los Apóstoles S. Pedro y del gran Doctor y Maestro de las Gentes S. Pablo, sepulcros que, como decia ya en su tiempo Teodoreto, *iluminan las almas é inflaman los corazones de los fieles*; porque deseamos visitar aquellos soberbios monumentos de la Roma pagana donde padecieron y lucharon tan valerosamente por Jesus los primitivos cristianos, y aquellas inmensas Catacumbas llenas de sagradas cenizas de Mártires, para animarnos á las grandes luchas que sin duda Nos aguardan, y para fortalecernos en la misma fé que ellos defendieron y sellaron con su preciosa sangre; porque deseamos en fin ardentemente ver á Pedro, y escuchar al mismo Pedro en la persona de su legítimo Sucesor y universal Heredero Pio IX, y besar humildemente los sagrados piés de ese grande é inmortal Pontífice, intrépido defensor de la causa de Dios y de la Iglesia, de la justicia y del derecho y de la verdadera civilizacion, libertad y progreso de los pueblos....

Y para que mejor comprendais y abarqueis todo el pensamiento de nuestro viaje á Roma, hacemos nuestras las ideas y palabras que ha escrito recientemente con este mismo motivo uno de los Prelados mas ilustres de nuestra ínclita Nacion y Monarquía española. «Deseamos ir á Roma y ver á Pio IX, para confortar nuestra debilidad y flaqueza, para instruirnos con la celestial sabiduría que brota de sus labios, para estimular y avivar nuestro amortiguado celo y aprender de sus admirables lecciones y de sus heroicos ejemplos. Deseamos visitar esa Santa Iglesia Romana, Madre y Maestra de todas las Iglesias, fortaleza inexpugnable de la fé, centro de la unidad católica y piedra angular de todo el edificio cristiano. Deseamos tambien conocer y saludar á tantos Hermanos nuestros en el episcopado como allí se reunirán de todo el mundo, cuya comunión Nos consuela y fortifica, y cuyos sacrificios y oraciones, penalidades y fatigas, batallas y triunfos Nos son hasta cierto punto solidarios. Deseamos en fin, postrarnos una y otra vez ante los sagrados sepulcros de San Pedro y San Pablo y derramar allí nuestro corazon con nuestras lágrimas para alcanzar el perdon y plenaria indulgencia de tantas culpas y pecados como hemos cometido en

toda nuestra vida y de tantas omisiones y negligencias como tendremos sin duda en nuestro sagrado y tremendo ministerio; y para pedir al Señor misericordia por vosotros, A.H.N., que sin duda nos acompañareis á Roma con el espíritu ya que no os sea posible con el cuerpo, y unireis vuestras plegarias á las Nuestras, para que apoyadas en la intercesion de la Santísima Virgen María, de los Bienaventurados Apóstoles S. Pedro y S. Pablo y de todos los gloriosos Héroes que van á ser inscritos en el catálogo de los Santos, se eleven al cielo, penetren hasta el tabernáculo de Dios y recaben de El copiosas bendiciones de gracia y de misericordia para vuestro indigno Pastor y para todos vosotros que sois su querido rebaño.

Pero al mismo tiempo creemos deber advertiros, A. H. N., que no quisiéramos presentarnos con las manos vacías á Nuestro Santísimo Padre Pio IX, el cual, como habreis notado en la Carta que Nos dirige, confiesa claramente la estrechez y pobreza en que se encuentra él mismo y la Santa Sede, por motivos que todos conocemos y que á su tiempo os anunciamos, *Nostræ et Sanctæ Sedis inopie*: y por lo tanto á la vez que depositemos á sus piés todo cuanto Nos permitan nuestros pobres recursos, deseamos depositar tambien alguna pequeña expresion del amor de nuestro clero y de nuestro pueblo para con el Santo Padre y hasta el óbolo mas insignificante de la viuda, del huérfano y del último pobre de nuestra Archidiócesis. Sobre esto no insistimos mas, y nos remitimos confiadamente á vuestro noble y generoso corazon, y á los tiernos impulsos de vuestro amor y caridad, haciéndonos cargo de la estrechez y penuria de los tiempos. Solo sí os advertimos, A. H. N., que debiendo partir á Roma á fines de este mes, os apresureis á remitir á nuestra Secretaria de Cámara y Gobierno los donativos ó limosnas que tengais recaudadas, ó destineis cada uno para Su Santidad, á fin de que podamos llevarlas oportunamente por Nos mismo.

Finalmente, tanto á nuestro Cabildo como á nuestro Clero; así á nuestras amadas hijas las Religiosas como á todo el pueblo fiel de esta nuestra Diócesis, rogamos humildemente que Nos tengan presentes en sus oraciones, como Nos lo hacemos en las nuestras; y á todos los Sacerdotes encargamos y mandamos, que desde el dia en que saliéremos de esta capital hasta el regreso á nuestra Diócesis, digan en las Misas en el modo y forma que lo permitan las rúbricas, la oracion *pro iter agentibus*, que hallarán en su Misa correspondiente. Nos despedimos por fin de vosotros, A. H. N., con la Bendi-

cion Apostólica que en su preciosa Carta nos envia Su Santidad, y que os trasmitimos á todos con el afecto mas íntimo de nuestro corazon en el nombre del Padre ☩ y del Hijo ☩ y del Espíritu Santo ☩ Amen.

Dada en nuestro Palacio Arzobispal de Granada en el dia del Patrocinio del Glorioso Patriarca San José 12 de Mayo del año 1867.

☩ Bienvenido, *Arzobispo de Granada.*

Por mandado de S. E. I. el Arzobispo mi Señor,

Dr. Ramon Molua,

Pbro. Srio.

Para que esta nuestra Carta Pastoral llegue á conocimiento de todos, mandamos que se publique y reparta en el Boletin eclesiástico, y que en el primer dia festivo que ocurra despues de su recibo, se lea al Ofertorio de la Misa mayor en nuestra Sta. Iglesia Metropolitana, en las Iglesias Colegiales, en las Parroquiales matrices y de anejos y en las de las Religiosas; omitiendo el texto latino de la Carta de Su Santidad, y leyendo solo el castellano.



BOLETIN OFICIAL ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO DE GRANADA.

NOS EL DOCTOR D. BIENVENIDO

MONZON Y MARTIN, POR LA GRACIA DE DIOS
Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO DE GRANADA,
PRELADO ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, SENADOR
DEL REINO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA INSIGNE Y REAL
ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, ACADÉMICO DE
NÚMERO DE LA CATÓLICA DE ROMA, PREDICADOR DE S. M.
Y DE SU CONSEJO, Etc. Etc.

Al venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia
Metropolitana, á nuestro respetable Clero, á nuestras ama-
das hijas las Religiosas, y á todos los fieles de la Ciudad
y Arzobispado de Granada, salud, paz y bendicion

en Ntro. Señor Jesucristo.

GRACIAS infinitas sean dadas á nuestro adorable Re-
demptor Cristo Jesus y á su Santísima Madre y Madre
muy querida nuestra, la Inmaculada y siempre Virgen
María, por la especial proteccion que Nos han dispensa-
do en todo el tiempo que hemos estado ausentes de vos-
otros, A. H. N., y porque Nos han permitido regresar
felizmente á nuestra muy amada Iglesia, despues de ha-
ber visitado la capital del orbe católico y empleado al-
gun tiempo en mirar por nuestra salud espiritual y cor-

poral. Porque á la mayor parte de vosotros son bien notorios los quebrantos que experimentamos en nuestra salud en los primeros meses de este año, los cuales Nos impidieron ejercer en dias muy solemnes las augustas funciones de nuestro sagrado ministerio, retardaron y aun llegaron á poner en contingencia nuestro proyectado viaje á la Ciudad eterna, y aun despues de emprendido con el debido consejo y no sin graves incomodidades y molestias, Nos hicieron concebir serios temores de que no pudiésemos continuar nuestro camino. Mas el Señor, movido sin duda por las fervientes súplicas de nuestro Cabildo y nuestro Clero, de nuestras amadas hijas las Religiosas y de todo nuestro pueblo, Nos fué proporcionando alivios y consuelos en la tierra y en los mares, fortaleció nuestra salud cuando humanamente menos podíamos esperarlo, y hoy nos hallamos en medio de vosotros, A. H. N., sino del todo restablecidos, á lo menos notablemente mejorados y en disposicion de ocuparnos como siempre en procurar la salud de vuestras almas y en el régimen y gobierno de esta nuestra Iglesia. De nuevo tributamos al Señor humildes y rendidas acciones de gracias, y las damos tambien reconocidos á todos vosotros por lo mucho que Nos habeis ayudado con vuestras oraciones públicas y privadas.

Pero al saludaros hoy, A. H. N., con la misma ternura y paternal afecto con que Nos despedimos de vosotros en nuestra breve Carta Pastoral de 12 de Mayo último, no podemos menos de deciros para vuestra satisfaccion y mútuo consuelo, que los votos y deseos que os manifestábamos en ella y los santos fines que Nos propusimos en nuestro viaje á Roma, se han realizado y cumplido con circunstancias las mas lisonjeras y con ventajas las mas imponderables. Recordareis sin duda que os decíamos en nuestra citada Carta Pastoral que, habiendo sido invitados en nombre de Su Santidad á tomar parte en la solemnísimas fiesta del décimo octavo aniversario secular del glorioso martirio de San Pedro y San Pablo y de la canonizacion de veintiun Mártires, dos Confesores y dos Vírgenes, estábamos resueltos á

responder á este tierno y honroso llamamiento que se Nos hacia en nombre y por mandato del Supremo Gerarca de la Iglesia, y deseábamos ardientemente personarnos en Roma, lo primero, por complacer y consolar á nuestro Santísimo Padre que queria y ansiaba verse rodeado del Episcopado católico en tan augustas solemnidades, no tanto para su personal satisfaccion y consuelo, cuanto para otros nobilísimos fines de la mas alta importancia religiosa y social, que creemos se han logrado por completo, á pesar de los grandes esfuerzos que han hecho para impedirlos la heregía, la revolucion y la impiedad, llenas de rabia y de furor, y unidas siempre en nefando consorcio para combatir y derribar, si pudieran, la Sagrada Cátedra de Pedro.

Deseábamos, en segundo lugar, ir á Roma para poder cumplir personalmente y por primera vez en el tiempo de nuestro pontificado el deber que Nos imponen los Sagrados Cánones, y que aceptamos solemnemente en el dia de nuestra consagracion de hacer la visita *ad sacra Apostolorum limina* en los tiempos prescritos por la Santidad de Sixto V, de feliz memoria, en su Bula que principia, *Romanus Pontifex*: visita que hemos realizado y cumplido en las dos célebres y suntuosas Basílicas Vaticana y Ostiense, orando humildemente por Nos y por todo nuestro amado Clero y pueblo del Arzobispado de Granada sobre los venerandos sepulcros de los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo; y esto no lo hemos hecho una sola vez, sino que lo hemos verificado varias veces, y siempre con mayor afecto hácia vosotros y con nueva consolacion de nuestra alma; porque os confesamos en verdad, A. H. N., que al doblar nuestras rodillas ante las magnificas Confesiones de los Santos Apóstoles, siempre rodeados de Obispos, Sacerdotes y fieles de todo el mundo, y al entrar en aquellas misteriosas criptas donde reposan sus sagrados restos, experimentábamos tan nuevas y tiernas emociones, y respirábamos un ambiente tan puro y celestial, que avivaba nuestra fé, fortalecia nuestra esperanza, enfervorizaba nuestra caridad, elevaba nuestra mente, purificaba nuestros afectos y deseos, confortaba

nuestra debilidad é infundia en nuestro corazon nuevos alientos para pelear con denuedo las batallas de Dios, asistidos siempre con su gracia, sin la cual nada podemos; de modo, que conociamos allí experimentalmente lo que dijo Teodoreto de los sepulcros de San Pedro y San Pablo, á saber, que *iluminan las almas é inflaman los corazones de los fieles*, y con cuánta propiedad y verdad ha dicho en su última Alocucion de 26 de Junio nuestro Santísimo Padre Pio IX, *que nunca ha dudado, que en el mismo sepulcro donde descansan las cenizas del Apóstol San Pedro para la veneracion sempiterna de todo el orbe, hay cierta virtud secreta y fuerza saludable, que comunica á los Pastores de la grey del Señor fuertes resoluciones y conatos, espíritus levantados y sentimientos magnánimos y generosos, con que restauradas sus fuerzas, puedan quebrantar mejor la audacia impudente de los enemigos de la Religion y de la Iglesia.*

Deseábamos, en tercer lugar, ir á Roma, con el fin de ver y examinar de cerca la Ciudad afortunada escogida entre todas las del Orbe por nuestro adorable y divino Redentor Jesus, para constituir en ella el Sacro Principado de su Religion santísima y el centro unitivo y directivo de su universal Iglesia, y, gracias á Dios, hemos logrado satisfacer cumplidamente nuestro justo deseo. Hemos estado por primera vez en Roma; hemos visto la nueva Jerusalem del Evangelio; hemos venerado la Sagrada Cátedra de Pedro; hemos visitado la Santa Iglesia Romana Madre y Maestra de todas las Iglesias, como la llaman los Padres y Concilios; hemos visto y admirado en Roma, no solo la muchedumbre y suntuosidad de sus templos y famosas Basílicas con sus imponderables bellezas artísticas cristianas, antiguas y modernas, sino que tambien hemos visto y admirado aquellos soberbios monumentos y preciosas ruinas y riquísimos tesoros arqueológicos, que de la Roma pagana se conservan con exquisito esmero y diligencia. Todo hemos procurado verlo y examinarlo de cerca, cuanto Nos han permitido nuestra delicada salud y el poco tiempo de que hemos podido disponer para un estudio tan

vasto: y os confesamos en verdad, A. H. N., que tanto los sagrados objetos y suntuosísimos monumentos de la Roma cristiana, como los soberbios restos de la Roma pagana, han contribuido eficazísimamente á aumentar y corroborar nuestra fé, y nos han excitado á bendecir al Señor una y mil veces por habernos iluminado con la luz del Evangelio, y por habernos hecho nacer en el centro de su Religión y de su Iglesia Católica.

Y en efecto, A. H. N., mucho nos han edificado y admirado las suntuosas Basílicas y bellísimos templos de que está llena y como esmaltada la ciudad de Roma, y en los cuales compiten á porfia los tiernos y sagrados objetos de la Religión y la piedad, con los prodigiosos encantos é inimitables bellezas del arte, elevado á su mayor altura y perfeccion; mucho, muchísimo Nos han edificado y fortalecido nuestra fé los sepulcros de los Santos Apóstoles y los innumerables cuerpos y sagradas reliquias de Mártires, Pontífices, Confesores y Vírgenes que con santa avidéz hemos visitado y venerado; mucho, muchísimo Nos admiraron y llenaron de tierna devocion las célebres Catacumbas de San Sebastian, San Calixto y Santa Inés en lo poco que pudimos recorrer de sus inmensos subterráneos y de los de la antigua Iglesia de San Clemente Papa y Mártir recientemente descubiertos, no solo por los millares de millares de mártires que allí reposaron y reposan todavía en el Señor, sino tambien por las sagradas Imágenes del Divino Salvador, de la Santísima Vírgen Maria, de los Angeles y Santos que se conservan todavía pintadas desde los primeros siglos de la Iglesia en los arcos, bóvedas, techos y paredes de sus capillas y criptas con otras místicas figuras, emblemas y símbolos de los Santos Sacramentos y de las principales verdades de nuestra Religión y nuestro culto, representadas del mismo modo que las creemos y practicamos en el dia; mucho, muchísimo, en fin, Nos ha edificado y admirado la Roma cristiana, la Roma de San Pedro, la Roma de los Mártires, la Roma de los Papas y de los Santos; pero tambien Nos han edificado y admirado grandemente los preciosos restos y vetustas ruinas de la Roma pagana,

de la Roma dominadora y señora del antiguo mundo, de la Roma de los Escipiones, Brutos y Casios, de la Roma de los Senadores, de los Cónsules y de los Césares conservadas, cuanto es posible, por la solícitud y esmero de los Papas y de otros grandes dignatarios de la Iglesia; y Nos han edificado y admirado estos preciosos restos y vetustas ruinas, no por lo que eran y representaban en tiempo del gentilismo, sino porque á la vez que sirven hoy y servirán mientras duren de elocuente epitafio y de pesada losa sepulcral al mayor de los imperios que cayó y murió para no levantarse ni resucitar jamás, sirven tambien de magnífico pedestal á los monumentos y bellezas cristianas, y son y serán siempre una prueba gráfica de la divinidad de nuestra Santa Fé, y de la perpetuidad de nuestra Religion y nuestra Iglesia.

Sí, A. H. N.; al ver á nuestra Religion augusta sentada sobre los siete montes de la antigua Roma, y teniendo por escabel de sus piés á sus palacios, templos, foros, circos, arcos triunfales, anfiteatros, termas, estatuas, columnas y obeliscos; al ver enarbolado el estandarte de la Santa Cruz y erigidas magníficas iglesias sobre la cima del antiguo Capitolio, y sobre los hondos cimientos y colosales ruinas del palacio de los Césares, y sobre las voluptuosas termas de Caracalla y Diocleciano, y sobre los templos y monumentos mas famosos del politeísmo; al contemplar desde las últimas galerías del soberbio Coliseo un devoto *Via-Crucis* sobre aquella arena empapada en la sangre de millares de Mártires degollados ó devorados allí mismo por las fieras; al ver las estatuas del Príncipe de los Apóstoles y del Doctor de las gentes coronando las soberbias columnas Trajana y Antonina; al ver convertido el famoso Pantheon de Agripa en iglesia de Sta. María de los Mártires, y en devotos oratorios las cárceles Mamertinas, y en efigie de S. Pedro la estatua de bronce de Júpiter Capitolino, y en castillo de los Papas la enorme mole del mausoleo de Adriano; al ver en fin trasladada al Vaticano toda la antigua gloria, poder, esplendor y concurrencia del monte palatino, y que sobre la silla imperial de los Cé-

sares hundida allí lo mismo que en Bizancio, se ha levantado la Silla y Cátedra de Pedro, que en la persona de sus Sucesores está dominando desde ella por mas de diez y ocho siglos, de mar á mar, y hasta los últimos confines de la tierra; al ver y contemplar todo esto, y mucho mas que omitimos por no molestaros demasiado, no pudimos menos de exclamar muchas veces lleno el corazon de santo júbilo y con lágrimas de amor y de ternura: «Hé aquí el triunfo admirable de la Santa Cruz sobre todas las potestades de la tierra; hé aquí derribadas á los piés de Jesucristo toda la falsa ciencia, toda la voluptuosidad y toda la soberbia paganas; hé aquí la insigne victoria de su Religion y de su Iglesia sobre todo el mundo antiguo que le sirve hoy de pedestal, y se ve sometido para siempre á su direccion y enseñanza; hé aquí la Cátedra de Pedro humilde pescador de Betsaida, encumbrada sobre la silla de los Césares y sobre los tronos imperiales de los Asirios, de los Persas y de los Griegos á quienes ha vencido y dominado en Roma, que era la vencedora y dominadora de todos: *dígitus Dei est hic*: el dedo del poder de Dios está aquí; esto no puede ser obra del poder humano; la fé que obra tales y tan portentosas trasformaciones no puede menos de ser divina; la Religion y la Iglesia que así triunfan de todos los poderes del mundo, no pueden menos de haber sido fundadas y establecidas por Dios, que es el único que puede obrar tales maravillas: *A Domino factum est istud; et est mirabile in oculis nostris*: la Cátedra sagrada que, aun siendo ruda y constantemente combatida por todo linaje de enemigos, persevera inmóvil donde la colocó S. Pedro, dominando siempre por espacio de tantos siglos, y viendo á su alrededor mudarse los reinos, y cambiarse las dinastías, y hundirse para siempre los tronos que se creian mas bien asegurados, no puede menos de tener un apoyo y cimiento divinos, y por lo tanto no prevalecerán jamás contra ella las puertas del infierno: *et portæ inferi non prævalebunt adversus eam.*»

Pero os dijimos tambien, A. H. N., en nuestra ci-



tada Carta pastoral de 12 de Mayo, que deseábamos ir á Roma para ver y escuchar al mismo Pedro en la persona de su legitimo sucesor y universal heredero, Pio IX, para estimular y avivar nuestro amortiguado celo, y para aprender lo mucho que nos falta, no menos de sus admirables lecciones que de sus heróicos ejemplos. Y hemos visto y oido en efecto, A. H. N., al Romano Pontífice, al Vicario de Jesucristo en la tierra y al Confirmador de la fé de los cristianos, como le llamaba S. Gerónimo: hemos visto y oido al Padre de los padres y al Príncipe de los Obispos, como le llamaba el Concilio de Calcedonia; hemos visto y oido al Pastor de los pastores, al Pontífice llamado á la plenitud del poder, al Llaverero de la Casa de Dios, al Heredero universal de los Apóstoles, Abrahán por el patriarcado, Melquisedéch por el orden, Moisés por la autoridad, Samuél por la jurisdiccion, Pedro por el poder y Cristo por la uncion, como le llamaba S. Bernardo: hemos visto y oido en fin á Pio IX, á esa colosal y brillantísima figura del siglo XIX, que reúne en su sagrada persona todos estos títulos y muchos mas que se leen á cada paso en los Concilios y en los Padres de la Iglesia; y tanto por Nos, como en nombre de nuestro Cabildo, de nuestro Clero y pueblo en general, y de las corporaciones y personas que en particular Nos lo habian encargado, hemos besado humildemente los sagrados piés de ese inmortal Pontífice, evangelizador constante de la verdad, del amor y de la paz, sostenedor intrépido de la causa de Dios y de su Iglesia, acérrimo vindicador de toda justicia y de todo legitimo derecho, y heróico defensor de la verdadera libertad, de la verdadera civilizacion y del verdadero progreso de los pueblos...

Por grande dicha tuvimos ciertamente, y Nos alegró sobremanera el que en el mismo dia 14 de Junio en que llegamos á Roma, al salir por primera vez de nuestra religiosa morada para visitar antes que á nadie á Jesus Sacramentado, á Santa María la Mayor y al sepulcro del Apóstol S. Pedro, Nos encontrásemos en la calle al Santo Padre, y fuésemos el primero de los Pre-

lados españoles recién llegados que recibió su apostólica bendición. Cuatro días después tuvimos el alto honor de ser recibidos en cuerpo por Su Santidad todos los Obispos españoles con nuestros familiares respectivos y un grandísimo número de Sacerdotes y seglares de todas las Diócesis y provincias de nuestra nación, que se agregaron á nosotros; y no es posible que os expliquemos con palabras, A. H. N., la honda y gratísima impresión que causó en nuestro ánimo la augusta presencia de nuestro venerable Pontífice con aquellas blancas vestiduras que siempre le cubren, y sirven de bellissimo adorno á su continente grave y majestuoso; con aquel rostro angelical y candoroso que infunde veneración y respeto hasta á sus mismos enemigos; con aquellos labios nunca contraídos por el frío cálculo, por la ambición, por la ira ni el despecho, sino dilatados suavemente á todas horas con la graciosa expresión de una sonrisa pura y celestial, que gana y arrebató el corazón de cuantos le visitan; con aquellos ojos rasgados, vivos y penetrantes, que con su mirada dulce y expresiva revelan á la vez toda la perspicacia de su claro entendimiento y toda la bondad y ternura de su corazón amante y paternal; con aquella frente augusta nunca arrugada ni turbada con el ceño de la tristeza, ni con la siniestra y dolorosa huella de los males ni violentas pasiones, sino siempre tranquila, siempre serena, siempre majestuosa y noblemente coronada con la triple diadema de la ancianidad, de la virtud y de la dignidad mayor que hay en la tierra..... Y todavía Nos pareció mas bella y mas interesante su figura, cuando oímos sus primeras palabras las mas expresivas y honoríficas para nuestra Iglesia y Monarquía española; pues nos dijo en nuestro patrio idioma y con acento tierno y conmovido, «que experimentaba una grandísima satisfacción y contento en hallarse rodeado de sus queridos españoles; que se congratulaba con nosotros de nuestro buen viaje y feliz llegada á Roma y de lo mucho que á ello habían contribuido S. M. y su Gobierno; que amaba entrañablemente á la nación española, no solo por los cuantiosos socorros y finas

muestras de amor y de respeto que recibia continuamente de todos sus hijos, sino muy principalmente por su firme adhesion á la Santa Sede y por su ferviente celo en conservar pura y sin mancilla la Religion Católica, Apostólica, Romana en medio de tantas tempestades y deshechas borrascas; y por fin, que todos los dias sin faltar uno solo, dirigia al Cielo una oracion especial por nuestras Iglesias, por nuestros Católicos Monarcas, y por la salud y prosperidad de nuestra amada España.»

Pero si esta primera entrevista Nos dejó plenamente satisfechos en calidad de Prelado español amante como el que mas de nuestra patria, no podia satisfacerlos del mismo modo como Arzobispo y Prelado particular de Granada, pues necesitábamos desahogar nuestro corazon con el Padre comun de los fieles, exponerle nuestras necesidades de Obispo, manifestarle el estado de nuestra Diócesis, y ofrecerle los respetuosos homenajes y humildes ofrendas, tanto de nuestro Clero como de nuestro pueblo; así es que no descansamos un momento hasta obtener una audiencia privada con el Santo Padre, en la cual se abrió y dilató nuestro corazon con las palabras de luz y de consuelo que á torrentes brotaban de sus labios.

Nos habló primeramente el Santo Padre de la antigua Iglesia y famoso Concilio de Elvira, de la memorable y gloriosa conquista de Granada por los Reyes Católicos y de sus antigüedades arabescas de que ya tenia regular conocimiento. Nos hizo despues, como á los demas Prelados, minuciosas preguntas sobre la fábrica, culto y residencia de nuestra Iglesia Metropolitana y de las demás de la Diócesis; sobre la instruccion, vida y costumbres de nuestro Clero catedral y parroquial; sobre el espíritu y observancia que reinaban en nuestras comunidades religiosas; sobre el estado de nuestro Seminario, y sobre el adelantamiento en virtud y letras de los jóvenes que se educan en él para el sacerdocio, hácia los cuales manifestó y manifiesta siempre el mas vivo interés; y por fin, nos pidió cuenta detallada de las costumbres generales del pueblo y del

estado de instruccion en que se halla con respecto á la Doctrina cristiana ; haciéndonos especiales encargos sobre la predicacion del Santo Evangelio y explicacion del catecismo en las parroquias, y sobre la vigilancia de las escuelas de instruccion primaria, y de toda clase de establecimientos de enseñanza. A todo procuramos constestar cumplidamente, y á manera de un padre que mira en todas partes cuanto puede por el honor y buen nombre de sus hijos, y sobre todo recibimos convenientes instrucciones y saludables consejos , que escuchamos con reverente atencion, como salidos del Vicario de Jesucristo en la tierra. Por fin le hicimos presentes, como era nuestro deber y conforme á los encargos particulares que se Nos habian hecho, los sentimientos de adhesion, de fidelidad, de respeto y de amor que animaban á nuestro Cabildo Metropolitano, á nuestro Clero colegial, parroquial y benefical, y á todo el de nuestro Arzobispado, á nuestras amadas hijas las Religiosas, y en general á todo el pueblo de la Diócesis de Granada hácia la Santa Sede y hácia el inmortal Pontífice que hoy la ocupa dignísimamente; y le presentamos á la vez con nuestra humilde ofrenda particular la respetable suma de las ofrendas y donativos así de nuestro Clero como de nuestro pueblo, que recibió el Santo Padre con visibles muestras de agradecimiento ; asomándose las lágrimas á sus ojos, cuando le hicimos presente la escasez y penuria en que se hallaba nuestra Diócesis; que algunas de nuestras comunidades religiosas se habian privado de una de sus diarias refecciones por ofrecerle siquiera su pequeño importe, y que algunos pobres braceros habian partido su jornal y dimidiado el pan cotidiano de sus hijos para tener un óbolo que presentar á su querido y Santísimo Padre....., quien puso término á esta escena interesante, encargándonos hiciésemos saber á todo el mundo la tierna gratitud y cariñosos afectos que sentia su corazon hácia el Clero y pueblo del Arzobispado de Granada , que llevásemos bendiciones y recuerdos especiales para todas las Autoridades y para todas las Corporaciones, familias y personas que Nos las hubiesen pedido y mandado sus limos-

nas, y que bendijésemos por fin solemnemente á todo el pueblo con indulgencia plenaria en el dia que eligiésemos al efecto, como una prenda de su amor hácia la Iglesia y Arzobispado de Granada.

No es justo que pongamos término á la presente Carta pastoral, A. H. N., sin deciros algo siquiera de las nuevas y grandes emociones que experimentó nuestra alma, por tantos y tan variados objetos excitada y piadosamente conmovida, en los dos Consistorios de 26 de Junio y 1.º de Julio á que pudimos asistir, y en la gran fiesta del aniversario secular de S. Pedro y de la canonizacion de los Santos que se celebró en el dia 29 de Junio en la gran Basílica del Vaticano con una concurrencia, solemnidad y pompa inusitadas. En el Consistorio de 26 de Junio, en que fué decorado con todas las insignias cardenalcias nuestro dignísimo Arzobispo de Sevilla, resonó la poderosa voz de nuestro augusto y venerable Pontífice, dirigiendo palabras de salud y vida eterna á toda la Iglesia docente, digna y copiosamente representada en mas de quinientos Obispos que las estaban escuchando en humilde y respetuoso silencio: y en el Consistorio de 1.º de Julio, resonó tambien la voz del Episcopado católico que contestaba á la Alocucion de Su Santidad por medio de un elocuente y respetuoso mensaje que puso en sus sagradas manos. Y tanto la Alocucion del Santo Padre, como el Mensaje del Episcopado, son documentos insignes que debeis leer y meditar, A. H. N., porque en ambos se proclaman verdades y se condenan errores de la mas alta importancia religiosa, política y social; en ambos documentos se presentan como de relieve la omnímoda unidad de la Iglesia católica y la estrecha union y perfectísima armonía que existe entre el Romano Pontífice y los Obispos, entre la Cabeza y los miembros; en ambos documentos vereis á la Iglesia docente ejerciendo el supremo magisterio que ha recibido del mismo Dios para enseñar á todos los pueblos y naciones de la tierra, no solo las verdades dogmáticas y morales de nuestra Santa Religion, sino tambien las verdades fundamentales de toda humana sociedad.....; *Utinam saperent, et in-*

telligerent, ac novissima providerent! ¡Ojalá que los pueblos quieran saber y entender estas verdades y prevenir con ellas la suerte que les aguarda! ¡Ojalá que las naciones y los príncipes y gobiernos que las rigen, quieran aprovecharse oportunamente de las enseñanzas y avisos que les da la Iglesia para remediar los males que actualmente las aquejan, y evitar otros mayores que las amenazan!... Pero ¡ah! que mientras los verdaderos católicos y todos los hombres de recto juicio y buena voluntad conocen y aplauden todo esto, y reciben con santa avidéz las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia, hay desgraciadamente algunos que las rechazan y desprecian, porque en su loca vanidad y necio orgullo se creen tan superiores en saber á toda la Iglesia docente, que se tendrían por rebajados y humillados en admitir lecciones y consejos de Sacerdotes, de Obispos ni de Papas, cuyo tiempo, dicen, ha pasado, porque el catolicismo á quien sirven es ya cosa vieja, gastada y cuasi muerta, sin esperanza de rehabilitacion y sin porvenir ninguno para la vida de la humanidad.... Á estos solo les contestaremos hoy con las siguientes palabras de nuestro Santo Padre en su citada alocucion de 26 de Junio: «De esta union y concordia del «Episcopado con la Santa Sede deberán inferir y entender los impugnadores de la Religion, cuánta fuerza «y cuánta vida entraña esa Iglesia católica que no cesan de atacar con enconados ánimos; aprenderán con «cuán torpe y necio cálculo la ridiculizan y denuncian «como exhausta de fuerzas, y de vida y mision terminadas; y aprenderán en fin, cuán erradamente se gozan «de sus triunfos y confían en sus consejos y maquinaciones; considerando bien que no puede destruirse una «tan grande union de fuerzas que el espíritu y divina «virtud de Jesucristo ha reunido y combinado sobre la «piedra de la Confesion Apostólica....»

¿Y qué os diremos, A. H. N., de la fiesta del dia 29 de Junio, en que se celebró, como os hemos dicho, el décimo octavo aniversario secular del martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la canonizacion de veinticinco Santos?... Os decimos que fué una de las so-



lemnidades mayores que habíamos visto, y que esperaríamos ver en este mundo, y uno de los actos mas sublimes y magníficos de nuestra Santa Religion, y mas expresivos á la vez de la unidad y fuerza vital de la Iglesia católica. A todos nos pareció que se reprodujo en aquel dia la primera Pascua de Pentecostés del cristianismo, y que nos hallábamos trasportados á la ciudad de Jerusalem en el momento mismo en que los Apóstoles salian del cenáculo llenos del Espíritu Santo, anunciando las grandezas de Dios y de su divino Hijo Jesucristo, y en el que S. Pedro, Príncipe de los Apóstoles y Cabeza visible de la nueva Iglesia, dirigia la palabra á una inmensa muchedumbre de gentes que allí se habian reunido de todos los pueblos y naciones de la tierra, como dice S. Lucas, *ex omni natione, quæ sub caelo est*. Porque no pudiendo contener las anchurosas naves del Vaticano la muchedumbre de gentes que se agolpaba en él desde el romper del dia, se deramaba como un mar ondeante de cabezas, primero por sus espaciosos átrios y magníficas escalinatas, y despues por las plazas, calles, puentes y avenidas que conducen á la suntuosa Basílica; y cuando el inmortal Pio IX, conducido en su sede gestatoria y acompañado de quinientos diez y nueve Prelados, que con sus mitras y variados ornamentos pontificales formaban á su alrededor una esplendente corona, se dejó ver de aquella inmensa muchedumbre, *ex omni natione, quæ sub caelo est*, compuesta de forasteros y peregrinos de todas las naciones de Europa, de muchísimas del Asia, de las septentrionales del Africa, de las vastísimas regiones de la América, y hasta de las islas y remotas playas de la Oceanía y Australia, no hubo cabeza que no se descubriese, ni rodilla que no se doblase, ni lengua que no aclamase y bendijese en su respectivo idioma al Sucesor de S. Pedro, resultando de aquí una súbita y extraña explosion de vítores y aclamaciones, que resonó por todos los ángulos de Roma, parecida al fragoroso estruendo de muchas aguas agitadas, segun bella expresion del profeta de Patmos, *sicut vocem aquarum multarum*... Pocos momentos despues penetró es-

ta brillante y sagrada comitiva hasta lo mas interior de la Basílica Vaticana, que estaba adornada de alto á bajo de hermosas guirnaldas de flores, de riquísimas colgaduras y de preciosos cuadros alusivos á la gran solemnidad que iba á celebrarse, y profusamente iluminada con mas de sesenta mil luces simétricamente distribuidas por sus pilastras, cornisas y galerías, y artificioosamente colocadas en multitud de arañas y candelabros de vistosas y elegantes formas; y cuando el Santo Padre colocado sobre su sagrada cátedra y trono pontificio pronunció con voz majestuosa y penetrante el solemne decreto de canonizacion de los veinticinco Santos mencionados, se oyeron de repente y á la vez, fuera del templo el ruido armonioso de multitud de trompetas y clarines, el alegre sonido de todas las campanas de Roma y el fragoroso estruendo de los cañones de Sant-Angelo, y dentro del sagrado recinto las acordadas voces de los quinientos diez y nueve Prelados que rodeaban el solio pontificio, de mas de veinte mil Sacerdotes, y de millares y millares de fieles de todas las partes de la tierra, que entre sollozos y lágrimas de devocion y de ternura cantaban el *Te Deum laudamus*.... entonado por el Santo Padre... ¡Oh, A. H. N., y qué llena de vida, de esplendor y de pujanza apareció entonces nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, presidida por su Cabeza visible, adornada con todos los grados de su divina jerarquía, y ordenada y compacta á manera de un lucidísimo escuadron puesto en orden de batalla, segun expresion de los libros santos! ¡Oh qué momentos aquellos, mejor para sentirse que para describirse, en que se conmovieron profundamente los corazones no solo de los buenos y fervorosos católicos, sino hasta de los incrédulos, herejes y cismáticos, á quienes la curiosidad habia conducido al lugar santo!.. Nos pareció entonces, A. H. N., que se habian juntado y estrechado en amoroso abrazo y ósculo de paz los moradores del cielo con los habitantes de la tierra, y que la soberbia cúpula que sobre el sepulcro de S. Pedro levantó en los aires el genio superior de Miguel Angel, era como el conducto misterioso por donde se estaban

comunicando la Iglesia militante con la Iglesia triunfante; y se Nos figuró además que ésta, reconocida á la grandísima gloria accidental que le proporcionaba la militante por el órgano de su Cabeza visible, por el inmortal Pio IX, le dirigia desde las alturas para su satisfaccion y consuelo aquellas palabras evangélicas que entonaron en armoniosos coros las voces maestras de mas de cuatrocientos cantores: »Tú eres Pedro, y sobre «esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y á Tí daré las llaves del reino de los cielos; y las cosas que Tú atares «sobre la tierra, atadas serán en el cielo; y las cosas «que Tú desatares sobre la tierra, desatadas serán también allí en los cielos.»

Pero todavía queremos añadir unas palabras mas que creemos han de servir de grandísima satisfaccion y alegría á todo el Clero y pueblo de nuestra ciudad y Arzobispado de Granada. Las profundas y gratas impresiones que ha dejado en nuestro corazon y en nuestra alma la gran solemnidad del 29 de Junio que os hemos descrito á grandes rasgos, se renovaron con mas fuerza si cabe el Domingo 7 de Julio, cuando en la misma Basilica del Vaticano se celebró con grande pompa la solemne beatificacion de doscientos cinco Mártires de distintas naciones, que en los dilatados reinos del Japon derramaron su sangre en defensa de la fé de Jesucristo: y si en el dia de la canonizacion nos alegramos en el Señor, por contarse entre los nuevos Santos á un ilustre español y compatriocio nuestro, al glorioso Mártir S. Pedro de Arbués, honra de nuestra nacion y de nuestro Clero, en el dia de la beatificacion nos alegramos y regocijamos sobremanera, porque entre los doscientos cinco beatificados se contaban muchos españoles de diversas provincias, y porque entre estos Mártires españoles ocupa un lugar muy distinguido; y figura entre los de primera línea un famoso granadino, el beato P. Baltasar de Torres, cuya ilustre familia todavía se conserva entre nosotros. Nació de padres nobles en Granada en el año de 1563; entró en la ínclita Compañía de Jesus á los diez y seis años; y deseoso de traba-

jar por la gloria de Dios y por dilatar el reino de Jesucristo, hizo vivísimas instancias á los Superiores, para que le mandasen á las misiones del Japon, á donde le mandaron en efecto en el año de 1600. Enseñó primero Artes y Teología en el colegio de Macao, recorrió despues misionando con celo y fruto de apóstol cuasi todas las provincias del Japon, y á los 63 años de su edad fué preso por los infieles en casa de los Mártires Juan Tanaca y Catalina su mujer, y quemado á fuego lento en Nangasaqui con su provincial el P. Francisco Pacheco y otros siete religiosos de la Compañía á 20 de Junio de 1626. Creemos con razon, A. H. N., que estas breves noticias biográficas que hemos podido adquirir de vuestro ilustre compatriocio el Beato P. Baltasar de Torres, os llenarán de tanta satisfaccion y alegría, como á Nos causó su beatificacion, y Nos causan siempre las glorias de Granada y de su arzobispado.

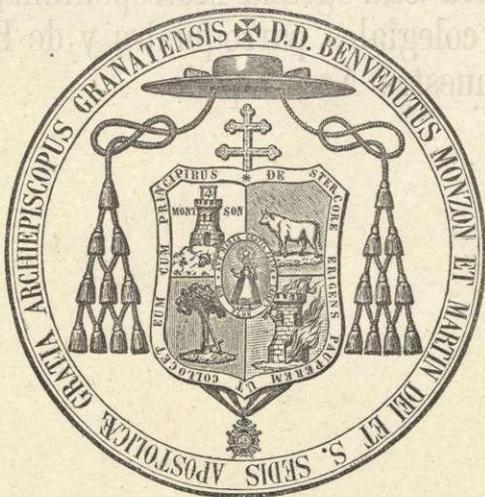
Aunque todavía teníamos mucho que deciros de las cosas de Roma, concluimos la presente Carta, excitándoos en el Señor una y mil veces, A. H. N., á que perseveréis como hasta aquí en los sentimientos de adhesion, de fidelidad, de obediencia, de amor y de respeto á la Santa Sede y á los Romanos Pontífices, que tanto os distinguen y enaltecen, y que á los que intentaren alguna vez separaros de ellos, les resistais fuertemente, bien radicados y fundados en la doctrina católica, la cual nos enseña, que donde está Pedro allí está la Iglesia: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*, como decia S. Ambrosio; que no hay ni puede haber otra ni mas verdadera Iglesia que la fundada por nuestro Señor Jesucristo sobre la fé y la autoridad de S. Pedro, y la que reconoce por su Cabeza y su Jefe al Romano Pontífice, legítimo sucesor y universal heredero de S. Pedro; que nadie puede ser católico, ni pertenecer á la verdadera Iglesia de Jesucristo, sin estar unido á la Cátedra de Pedro y al Pontífice que legítimamente la ocupare; y que por lo tanto, en el momento en que alguna Iglesia ó alguna nacion se separen de este centro de unidad, y de la comunión y obediencia á la Santa Sede y

al Romano Pontífice en las cosas de su jurisdicción y competencia, se hacen cismáticas; en el momento en que alguna persona fiel de cualquiera clase, dignidad y condición que sea, niega la autoridad suprema del Romano Pontífice sobre toda la Iglesia, ó rehusa pertinazmente someterse á ella, deja de ser católica... También os excitamos, A. H. N., á que continúeis como hasta aquí orando fervorosamente por nuestro atribulado Pontífice Pío IX, y socorriendo cuanto podáis las necesidades siempre crecientes de su Persona y de la Santa Sede, al tenor de las circulares, prevenciones y encargos que sobre este particular os hemos hecho así de palabra, como por escrito. Y finalmente excitamos cuanto podemos á nuestro Clero y pueblo, y á Nos mismo, que lo necesitamos mas que todos, á estudiar é imitar con la gracia divina las heroicas virtudes de los Santos, últimamente canonizados y beatificados por la Iglesia; pues tenemos mucho que estudiar é imitar cada uno en los de nuestros estados respectivos; Nos en el glorioso Mártir S. Josafát, Arzobispo de Poloscsk; nuestro Cabildo y Clero metropolitano y colegial del Sacro-Monte, en el ínclito Mártir S. Pedro de Arbués, Canónigo reglar de la Santa iglesia Metropolitana de Zaragoza; nuestro Clero parroquial y benefical, en dos gloriosos Mártires de los diez y nueve de Gorkum, que fueron por muchos años dignísimos Párrocos; todo el Clero secular y regular de nuestra Diócesis; en dichos Santos Mártires gorcomienses, en S. Pablo de la Cruz, en S. Leonardo de Porto-Mauricio y en muchos de los Beatos del Japon, pertenecientes á varias clases y órdenes de ambos Cleros; nuestras amadas hijas las Religiosas, en Santa María de las cinco llagas, vírgen profesora de la órden de S. Pedro de Alcántara; nuestros interesantes y amadísimos jóvenes, en varios de los Mártires japoneses que fueron de poca edad, y algunos de tres, cuatro y cinco años; nuestras jóvenes doncellas, en Santa Germana Cousin, Vírgen seglar de la diócesis de Tolosa; todos los casados, viudos y padres de familia tienen mucho que estudiar y que imitar, en varios de los beatificados del Japon, que pertenecian á

sus mismos estados; y todos los fieles del Arzobispado de Granada pueden mirarse y reformarse en el clarísimo espejo de su ilustre condiocesano y compatriota el Beato Mártir Baltasar de Torres, natural de esta ciudad... ; Haga el Señor que imitemos todos á sus Santos en la tierra, y que algun dia reinemos con ellos en los cielos! Así lo desea ardientemente, y así lo pide al Señor todos los dias vuestro afectísimo Prelado, que á todos os ama de corazón, y os bendice en el nombre del Padre ☩ y del Hijo ☩ y del Espíritu Santo ☩. Amén.

Dada en nuestro palacio arzobispal de Granada, en el dia de la Natividad de la Santísima Virgen María, 8 de Setiembre de 1867.

Bienvenido, *Arzobispo de Granada.*



Por mandado de S. E. I. el Arzobispo, mi Sr.,

Dr. Manuel Guardia,
Pbro. Srio.

Para que esta Carta Pastoral llegue mejor á conocimiento de todos, mandamos que se inserte en el Boletín eclesiástico, y que en el primer día festivo, que ocurra después de su recibo, se lea al ofertorio de la Misa mayor en nuestra Sta. Iglesia Metropolitana, y en todas las colegiales, parroquiales y de Religiosas de nuestro Arzobispado.

